

UN SIETE DE MARZO ERA

Un siete de Marzo era
cuando sonaron los tiros;
aún me parece escucharlos,
aún me estremezco al oírlos.

El día vistió de luto
en un fúnebre anticipo;
el viento se había callado
presintiendo algún peligro,
y una luz cárdena, turbia,
vertía tristeza de siglos.

Los gacheros afilaban
sus duros, fieros colmillos;
los castilletes sentían
un extraño maleficio,
y las chimeneas alzaban
sus brazos, pidiendo auxilio.

El silencio mantenía
su secreto en entredicho.
Un siete de Marzo era
cuando sonaron los tiros.

Entre una nube de polvo
pies ardientes, pulso arisco,
una oleada de gente
en confuso torbellino.

Las mujeres piden pan,
piden pan para sus hijos;
voces airadas restallan
sinsabores, quejas, gritos.

Una súbita descarga
de fusiles primerizos,
cuando los dedos nerviosos
aprietan sobre el gatillo:
o queriendo o sin querer,
que eso nadie lo hubo visto.

Sorpresa, temor, vergüenza;
lamentos, ayes, gemidos.
La avalancha se detiene,
retrocede de improviso
y en rápida desbandada
deja el campo libre, limpio.

¿Quién huye? ¿Quién abandona
a ese pobre ser caído,
ese cuerpo de mujer inerme,
tronchado, mínimo?

La sangre le va corriendo
por su rostro renegrido,
y un cuajarón le florece,
roja rosa de martirio;
pero aún le sobra aliento
a su corazón bravío,
a su coraje de hembra,
a su pundonor invicto;
aún escupe su desprecio
con sarcástico estoicismo.

Nadie acude a su llamada;
nadie a su lado, en su sitio;
ni una palabra animosa
ni un simple ademán de alivio.

Sola está, sola se queda
a la orilla del camino:
ahí tirada en la cuneta
y sólo Dios por testigo.

Apenas un estertor,
Un último gesto digno.
Con la mirada perdida
de sus pupilas de vidrio,
con sus ojos ya sin luz,
duerme un sueño muy tranquilo.

Pedro García Valdés

